

EL MUNDO

Miércoles, 13 de octubre de 2004. Año XV. Número: 5.422.

MUNDO

RADIOGRAFIA DE MARRUECOS (IV) / LA MISERIA DEL RIF

«Echate al suelo amigo, luego acabarás»

ALI LMRABET

«Si nos ves, échate al suelo, amigo. Terminaras de cortar la planta cuando hayamos pasado». Los consejos, siempre que provengan de la autoridad y que tengan alguna relación con un hecho teóricamente delictivo, son generalmente bienvenidos.

En el Rif profundo, como en el Rif de la costa, los consejos de los gendarmes a los agricultores de hachís forman parte de esa manera muy marroquí de esconder una realidad que nadie pone en duda. Es decir, que esta región pobre y marginada no podría sobrevivir sin el cultivo del cannabis.

Así pues, cuando en plena tarea de cosecha de sus altas y valiosas plantas el desdichado cultivador rifeño se topa con una patrulla de la Gendarmería Real, tiene que, de buena o mala gana, tirarse al suelo y esperar que pase la autoridad.

El sensato guiño de los gendarmes permite a las fuerzas del orden, así como al todo poderoso Estado jerifiano, salvar las apariencias. Oficialmente, nadie delinque allá donde llega el ojo inflexible de la ley, y los que lo hacen actúan sin que lo sepa el Estado.

Puede que algunos se indignen por esta forma de cohabitación muy tercermundista entre el orden y el desorden, pero hay que reconocer que no hay otra solución. Si el Estado marroquí se empeñara en luchar eficazmente contra el tráfico de cannabis, tendría que mandar a la cárcel a buena parte de los habitantes de esta populosa y turbulenta región. Y eso, encendería a una zona conocida por guardar sólidos y lógicos rencores hacia el régimen de los alaitas. El Rif es un polvorín.

Incapaz de aportar un mínimo de bienestar a sus díscolos súbditos rifeños, el régimen se inclina hacia una hipócrita neutralidad que le permite seguir ignorando el drama de la eterna y persistente marginación del Rif.

Pero no todo es laxismo en este triste juego de complicidades entre el gato alauta y el ratón rifeño. De vez en cuando la mano dura del Estado se hace sentir. Cuando surge un litigio entre dos agricultores de la alegre planta y el asunto llega a la plaza pública, el gobernador local suele ordenar a los gendarmes que quemen algunos metros de tierra ilícita para dar la impresión que no hay tregua en la lucha contra el tráfico de droga.

Algunas veces también, hay redadas policíacas en las populosas urbes de Tetuán y Tánger, centros del tráfico de droga, para asestar «durísimos» golpes a los malvados narcotraficantes.

Esto sirve para que los gobiernos occidentales -que lo necesitan para su cocina interior-, puedan difundir sus habituales e ingenuas declaraciones sobre «los hechos» que prueban que Marruecos colabora en la lucha contra el narcotráfico.

En definitiva, de este teatro de marionetas consentidas, los marroquíes se ríen, los agricultores de hachís sonrían y los intermediarios y sus socios narcotraficantes, que son los principales beneficiados de este tinglado, sueltan carcajadas. Todos saben que el tiempo de la gran operación de limpieza contra el narcotráfico aún no ha llegado; y hasta que el Estado no desarrolle las miserables montañas del Rif y las coloque al mismo nivel económico que el resto de las regiones del país, no habrá lucha eficaz contra esta plaga.

Entretanto, el agricultor continuará echándose al suelo, el narco perpetuará su próspero negocio, entrecortado por los habituales meses o años de cárcel, y la farsa de la lucha contra el narcotráfico seguirá satisfaciendo a los gobiernos extranjeros que lo quieren.

Porque en Marruecos, el tráfico de droga no beneficia solamente a los indigentes agricultores y a los narcos. Hace una década, una pequeña estructura de investigación independiente, el OGD (Observatorio Geopolítico de las Drogas), financiado por la Unión Europea, sacó a luz un demoledor informe sobre el tráfico de droga en el reino del difunto Hassan II.

Aunque el informe era confidencial, el escándalo fue con una E mayúscula. El estudio resaltaba «la responsabilidad directa de las autoridades jerifianas en estas actividades lucrativas» y ponía en duda la voluntad de Marruecos de terminar con este tráfico, pese a la «guerra de las drogas» que iniciaron en otoño de 1992, con grandes esfuerzos publicitarios.

El informe del OGD detallaba la corrupción generalizada que garantiza a las redes de traficantes el apoyo y la protección «desde el más humilde de los funcionarios de aduanas hasta los más cercanos del Palacio». Y lo más interesante es que daba nombres, siendo los más relevantes una princesa, hoy fallecida, afincada por entonces en Tánger; muchos altos responsables del

Estado y un viejo e influyente diputado cuya circunscripción electoral es una de las que más hachís produce en el Rif.

Por otro lado, el 18 de diciembre de 1995 Diario 16, dirigido por José Luis Gutiérrez, publicó un artículo en el cual informaba del descubrimiento por la Policía Nacional en Algeciras de cinco toneladas de hachís escondidas en un camión de la sociedad Dominios Reales propiedad de la familia real marroquí.

Hassan II se enfadó tanto que interpuso una demanda al diario y lo hizo condenar. Sin embargo, las informaciones, tanto las del OGD como las de Diario 16, nunca han sido desmentidas por los hechos. Y no solamente eso, sino que -aunque no dirime la condena de José Luis Gutiérrez- en su sentencia fechada del 26 de junio de este año, la sala de lo civil del Tribunal Supremo reconoce que la información publicada por Diario 16 es veraz. Una sentencia que nadie entiende. Las opiniones públicas, española y europea, van a terminar pensando que la forzada cohabitación euromediterránea entre la Unión Europea y Marruecos impide ir más allá cuando se trata de investigar a los «virtuosos» dirigentes marroquíes.

Es la historia del «échate al suelo», pero dentro de una escala mucho más importante. Hay que reconocer que para los que conocen bien al reino alauí es difícil creer que el mismísimo sultán pueda traficar con droga. No porque sea el Comendador de los Creyentes o el pretendido descendiente del Profeta Mahoma, sino por el mero hecho que no tiene necesidad de hacerlo. Marruecos le pertenece, es su finca personal y puede despojarla de mil maneras cuando se le antoje. Pero el entorno real es otra cosa. Y allí reside parte del problema.